

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

será encontrar un español que en algún momento no se haya sentido orgulloso de ser su compatriota, porque todos, todos los españoles, cualquiera que sea nuestra posición vital frente al fenómeno religioso, la llevamos muy dentro del corazón. Como homenaje a la santa, en este cuarto centenario de su tránsito al encuentro definitivo con su amado celestial, he preparado por encargo de la dirección técnica de este servicio de la UNED, un comentario lo más completo y totalizador posible a su obra cumbre, las moradas del castillo interior. Las moradas, pese a ser su obra cumbre, como acabo de decir, no han sido estudiadas.

realmente conocidas en su totalidad por ningún estudioso dentro de su contenido relacionado con su lenguaje. Nos dice el prólogo la santa que comienza a escribir por obediencia entre grandes dolores y ruidos de cabeza. Nadie lo diría ante la donosura que luego derrocha. Claro que resulta explicable porque comienza su tarea con una insuperable confianza en Dios. Si el Señor quisiera diga algo nuevo, su majestad lo dará, o será servido traerme a la memoria lo que otras veces he dicho. Esto nos dice, y por más que tratemos luego de buscarnos razones y fuentes para justificarlas, y buscarnos de algún modo a aprehensible para nosotros la razón.

joya literaria que traza las Antelas Moradas, solamente así, tan sencillamente explicado por ella, resulta en último extremo justificable. Hasta los no creyentes o los creyentes de piel más impermeable al fenómeno místico se sienten desbordados por la cordialidad de este monumento de la literatura española. Todos nos sentimos arrastrados por el encanto de esta señora mujer, tan garbosa en el decir, tan tierna en las imprecaciones, que sabe poner el dedo en la llaga de la psique humana con una maestría insuperable. Precisamente este es su encanto, que como decía al principio, ha arrancado tanta atención de los estudiosos y precisamente por esto mismo. Unido al heterogéneo de mi auditorio y a lo peculiarísimo de mi vida,

del medio difusor, la radio, ha sido una rémora y una demora en la hora de decidirme yo a ejecutar mi comentario. Me ha servido de estímulo la cálida acogida que en mis explicaciones sobre San Juan de la Cruz he encontrado siempre y el gran interés con que mis alumnos me han escuchado siempre que les he hablado de la mística española. Es cierto que casi siempre me ha conducido el silbo de los aires amorosos y entre mis palabras y las del santo Carmelita flotaba la atmósfera mágica envolvente de su música callada. Pero es que también por este castillo interior de Santa Teresa revuela el aire de la almena de la noche oscura de San Juan y aquí aunque no es la música callada si suena con mucha suerte.

Y la fonte que emane y corre de ese poema único en poder obsesionante con que el sublime Carmelita nos deja como abismados, se alza junto al árbol de la vida en el centro de este Alcázar, que es el alma para Santa Teresa de Jesús. La Santa Teresa de Jesús

Santa tuvo también sus fantasías amorosas e inclinación a la natural coquetería femenina en sus primerísima juventud, avivado todo ello por las lecturas entonces de moda, las novelas de caballerías que como su madre leía escondidas de su padre. Estas lecturas,

junto con esa tensión emotiva de tipo religioso que señala tan certeramente a Américo Castro en las familias de cristianos nuevos, han de marcarla desde la infancia con un afán irreprimible por el lo heroico. Es de todos bien conocido el pasaje en el que cuenta Teresa de Jesús como siendo muy niña, planearon entre su hermano Rodrigo y ella huir a tierra de moros para ser descabezados por Cristo. La huella de lo caballeresco lo hallamos más en su vida que en su obra. Si el amor a la dama conduce al caballero a situaciones de esfuerzo y sacrificio en las novelas de caballerías, la vida de Teresa de Cepeda, consagrada a Dios en la orden del Carmelo desde los 20 años, fue una verdadera interpretación a lo divino, de la caballería andante.

de salud frágil, luego hablaremos de sus enfermedades, sus sandalias se doraron con el polvo de todos los caminos de España, fundando casas de religión, conventos. Luchó intrépidamente por una verdadera libertad de espíritu y entre caminata y caminata y algún que otro disgusto con la Inquisición, Teresa de Jesús encontró tiempo para hilar, bordar, planchar, leer y escribir. Y sobre todo, tiempo para meditar y para amar. Por entre las anécdotas del libro de su vida, donde se dan la mano sorprendentemente un espíritu realmente batallador y una irresistible cordialidad, circula sobre todo un amor arrebatado y arrebatador. Producto de este amor arrebatado por Dios es su compromiso con la historia. A Santa Teresa hay que circunscribirla dentro de su vida. ¿Es dentro del más sano espíritu de la contrarreforma o más?

bien en el espíritu reformador y de salud cristiana preconizada por el gran Cisneros y que, en el resto de Europa, debido como apunta muy sensatamente Helmut Halced, debido a la frivolidad entonces imperante en Italia y al individualismo en el norte, causó la ruptura espiritual de Occidente. Teresa de Jesús, mujer universal, católica en el más riguroso sentido de la palabra, no fue sólo esa monja dicharachera y andariega, un poco de pandereta también que acostumbramos a forjarnos. Teresa de Jesús, todo hay que decirlo, sufrió como en carne propia la destrucción de templos y matanzas de católicos llevadas a cabo entonces en los países reformados, por una parte, y por otra, con la falta de riguroso espíritu de entrega al apostolado y al recogimiento de la oración dentro del seno de los conventos. Como mujer de su tiempo se identificó con la política de Felipe II, sintió la muerte del rey portugués, don Sebastián, y pidió y no dejó. De quejarse durante la guerra, se quedó sin nombre.

toda su vida, porque el reino de Cristo, su amado, se veía mermado con las luchas intestinas, matándose unos cristianos con otros. Esta dimensión histórica la aleja de la mística más atemporal y por tanto menos conflictiva, pero también justo es reconocer lo menos actual de San Juan de la Cruz. Aunque ambos llevan a cabo la reforma de la orden del Carmelo, y dicho sea de paso, San Juan puso más carne en el asador, puesto que le costó vivir cuatro meses cárcel con tormentos reales, físicos. San Juan, en sus comentarios a la noche oscura, nos repetirá varias veces que nos abstengamos de enjuiciar la conducta de los demás, porque los caminos de Dios son inescrutables. Y aunque Santa Teresa, luego lo veremos más detalladamente en las moradas, se manifiesta contra la murmuración, también en las moradas se declara, dicho sea sin menos cabo, porque eso es, en último extremo, el asidero de todo ideal, depositaria de la verdad. ¡Gracias por ver el video!

Que Santa Teresa no fue esa mujer iletrada y espontánea que los casticistas, sobre todo los casticistas varones españoles, han contribuido a forjarnos, apoyados en las formas

popularistas del lenguaje teresiano y en la parcial y mala lectura del prólogo de Fray Luis de León a su edición del libro de la vida de la santa, viene siendo el caballo de batalla de la crítica moderna. Observa García de la Concha como gran parte de los libros que parece seguro, según el rastreo de Morel, Fatio y Etzegoyen, leyó Santa Teresa, coinciden con las lecturas aconsejadas por Juan de Valdés en su diálogo de la doctrina cristiana. Lecturas que revelan el alto grado de humanismo cristiano de nuestra santa doctora, si bien no llegó a la conformación filosófica de San Juan de la Cruz. No nos convencen, sin embargo, los argumentos de la crítica al reducir las lecturas teresianas de la Biblia al cantar de los cantantes.

apoyándose en su desconocimiento del latín. Olvidan la existencia de la Biblia romanfeada del siglo XIII por lo menos en manuscrito, manuscrito que hemos tenido que manejar todos los medievalistas. Y Santa Teresa en las moradas, además de las siete citas del Cantar de los Cantares, se refiere ocho veces al Libro de los Salmos, dos a los Proverbios, dos al Génesis, otras dos al Libro de los Números, una vez al Eclesiastés y cuatro al Libro de los Reyes. En cuanto al recelo de la Iglesia a la divulgación de los textos sagrados en romance que a Fray Luis de León le costara tan serios disgustos con la Inquisición y que se nos pudiera arguir, hemos de tener en cuenta que la Iglesia oficialmente no se manifestó hasta la publicación del índice de libros prohibidos en 1559, fecha en que la Santa estaba ya intelectualmente madura. Este punto es importante que lo tengan en cuenta los orientalistas que tanto moscardonean, no ya en torno a Santa Teresa sino a la Real Estudiantil.

estructuración de la mística cristiana, so pena de que convengamos en algo que no admite discusión. Y es que en la base del cristianismo, el Nuevo Testamento, hay que colocar el fondo bíblico del Antiguo Testamento, oriental, y como ya nos enseñan los doctores de la iglesia, en un alto porcentaje simbólico. La misma Santa Teresa toma frases bíblicas, pasajes del Cantar de los Cantares, como fundamento de su escatología mística. De todo lo dicho no cabe inferir que bajo sus escritos late una mujer intelectualmente pura, tal como hoy utilizamos el vocablo, porque sus mismos escritos, su vida, lo desmentirían con el torrente de afectividad con que nos inunda. Tuvo un armazón ideológico muy recio, eso sí. Ideas calientes, que diría don Miguel de Unamuno, pero jugosas no ya de expresividad, con una técnica de barajar fuentes literarias y apego a las formas lingüísticas populares, sino con un clarísimo propósito de empapar al mundo todo de amor divino. Y esto es afectividad en...

perfecta armonía con su visión cristo-céntrica del universo. Una armonía que, como también diría Unamuno, se resuelve en una expresión dramática, agónica, de lucha, como corresponde al marco tensor que media entre lo finito, limitado de la criatura limitada y Dios, objeto infinito de sus amores. Así, cuando Teresa sufre su primer infarto, ella lo interpretará como la herida más grande del amor más grande. Es lo que ella llama transverberación. La espada, la saeta con que el ángel atraviesa su pecho, otras veces centella, es ni más ni menos que la bola de fuego que nos describen los escasos pacientes que al infarto sobreviven. Y según leemos las moradas del castillo interior, sin dejar de dar en absoluto valor a las ciencias médicas, una vez aceptada la divinidad y el valor infinito de la redención de Cristo, todo, absolutamente todo lo que nos dice, nos parece ordenado por una inteligencia de naturaleza superior.

Veamos. Santa Teresa de Jesús compuso las Moradas del Castillo Interior entre el 2 de junio y el 29 de noviembre de 1577. Es decir, un año antes de que San Juan de la Cruz fuera encarcelado. A los 70 años de nacer Fray Luis de León. Cuando Cervantes tiene 30 años. 13 años después de ser clausurado el Concilio de Trento. Y 4 años antes de morir la Santa. Tenía entonces 62 años. Comienza las Moradas en Toledo para suplir, en cierto modo, las explicaciones que en materia de oración expone en el libro de su vida, en poder entonces de la Inquisición.

y las acabó en Ávila, resultando ser uno de los más finos análisis de la estructura del espíritu encarnado y uno de los arsenales lingüísticos en imágenes que difícilmente se pueden apreciar por separado. Se ha señalado, entre otras fuentes, la influencia de San Juan de la Cruz, con el que es sabido la unió una gran amistad, aunque no tan grande como suele creerse. Quien haya leído la biografía de ambos santos, se percatará enseguida de que San Juan, bastante más sensible y más inteligente si cabe, y si es lícita tal comparación, sí que situó a Santa Teresa en el alto lugar de estima que la correspondía. Pero Santa Teresa, a nuestro juicio, no se dio exacta cuenta de la talla realmente excepcional de aquel joven frailecito, que cuando ella comenzaba su castillo interior, aún no tenía ni siquiera perfilado en su mente su impresionante símbolo de la noche oscura del alma. A nuestro juicio también, nada tiene que ver el insuperable, arte, poeta o arte.

por una parte y por otra la prosa rigurosa estéticamente varonil, la radical renuncia de San Juan de la Cruz con la indiscutible femineidad que afecta incluso a la estructuración cerebral y por tanto ideológica de la autora de Las Moradas del Castillo Interior. Solamente tienen en común, aunque nada menos, su visión cristocéntrica del universo y la naturaleza mística de sus escritos. Para ser más exactos, en ambos encontramos una figura que pudiera confundirse y de la que hablaremos después más detenidamente. La fuente que en San Juan es un símbolo y en Santa Teresa un símil. Naturalmente, ambos parafrasean algunos pasajes comunes del cantar de los cantares y que en Santa Teresa obedecía sin duda al deseo de integrar a las mujeres en el espíritu tridentino, de propagar en el clero un mejor conocimiento de las escrituras, muy de acuerdo con la tónica de uno de sus primeros guías espirituales, el Beato Juan de Ávila. Y decimos que al mundo de San Juan de la Cruz, la fiesta de San Juan de la Cruz es un lugar donde se puede ver el mundo de las mujeres porque las moradas, según los escritos de

nos dicen una especie de epílogo, están escritas para Solace y sus monjas. Oigámoslo. Aunque cuando comencé a escribir esto que aquí va, fue con la contradicción que al principio digo, después de acabado me ha hecho mucho contento y doy por bien el trabajo, aunque confieso que ha sido hartó poco. Considerando el mucho encerramiento y poco entretenimiento que tenéis mis hermanas, me parece que os será consuelo deleitaros en este castillo interior, pues sin licencia de los superiores podéis entraros y pasearos por él a cualquier hora. Aunque nosotros no padecemos ese encerramiento y poco entretenimiento, de las monjitas de Teresa, y quizá menos aún,

de lo que realmente desearíamos, vamos a internarnos por unos momentos en este castillo para que recibamos una lección de elegancia en el decir, puesta al servicio del más alto amor, el amor de los amores. La elegancia desafeitada que llamó la atención de todos nuestros maestros, desde Fray Luis de León a Dama Sualonso y Rafael La Pesa, pasando por Azorín y Menéndez Pidal. Ella encendió, como luego veremos, el más inspirado y cálido

soneto de Lope de Vega, y con San Juan de la Cruz, uno de los mejores de nuestro casi contemporáneo Miguel Hernández. Estamos pensando en el silbo del pastor, que en San Juan será el silbo de los aires amorosos. En Santa Teresa es una imagen alusiva al pasaje evangélico en que Cristo dice, yo soy el buen pastor. En San Juan de la Cruz, el silbo de los aires amorosos, verso del cántico espiritual, que los alumnos de acceso recordarán haber comentado como inspirada a la literatura, se ha convertido en símbolo de la iglesia de Dios, y en el libro de la gracia santificante. Lope de Vega utilizará con muy linda

ligera variante la misma imagen de Santa Teresa, pastor que con tus silbos amorosos. Y Miguel Hernández, cruzando dos versos de San Juan, el silbo de los aires amorosos y el ciervo vulnerado, figura poética que alude a Cristo herido por la lanza en el monte Calvario, formará su soneto el silbo vulnerado para cantar el amor humano. El castillo interior para Teresa de Jesús es nuestra alma misma, en cuyo centro morada principal está Dios, Dios infinito en su amor inmenso, mora dentro de cada uno de nosotros cuando estamos en gracia. Entrar en nosotros mismos, conocernos, es el único camino para llegar a Dios. La entrada real para llegar al centro, que es la séptima y última de las moradas, es la oración. Hay estados de alma, moradas intermedias, entre la cerca del castillo y la morada de Dios, que es nuestro cuerpo en la cual, sin la ayuda de Dios, de nuestro amor y deseo de conocerle, perderemos el tiempo enzarzados con las abandijas

interpretamos como instintos desordenados. Las encontraremos aún en las primeras moradas o estados de alma en oración, junto con los ruidos del mundo que es la vanidad que siempre acompaña en nuestro primer intento de acercarnos a Dios. Son los primeros grados de la oración. También en estos primeros grados de oración, primeros estados, alma o moradas, los demonios tratarán de impedirnos la llegada hasta el centro del alma, forma de presunción y desesperación. La presunción a la que Santa Teresa llama falta de humildad verdadera y que consiste en creernos capaces de llegar a Dios por nuestros propios medios humanos, sin la previa acción de Dios, de su amor gratuito, fue vista por San Agustín y puesta en el tablero por el concilio de Trento para rebatir las teorías luteranas. Está contenido este mismo concepto de humildad verdadera en los versos del cántico espiritual siguientes. No quieras despreciarme que si color moreno en mí hallaste después que me miraste, no me lo harías. No me harías. No me harías. No me harías. No me harías. Que gracia y hermosura es...

mí dejaste. Es el amor de Dios el que nos hermosea con la propia belleza de su mirada amorosa. Dios es amor, belleza. Algo de esto, a nivel humano, encontramos en los versos macharianos todo se ve del color del cristal con que se mira. A la presunción se opone la desesperación o desconfianza. Son los dos pecados contra la fe que nos enseña la iglesia. Santa Teresa lo llama malentendimiento de la humildad. Pensar que Dios no puede amar tanta bajeza. Advirtamos con qué acierto teológico coloca Santa Teresa la fe en las tres primeras moradas. Y todo ello partiendo del alma en gracia, es decir, participando de la acción redentora de Cristo que al solidarizarse con la naturaleza humana nos sitúa por encima de los mismos ángeles. Ya a estas moradas llega la irradiación divina desde el centro, si estamos en gracia. Veamos el lenguaje teresiano y su discurso riguroso dentro de su gran riqueza metafórica.

se me ofreció considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal que si bien lo consideramos hermanas no es otra cosa el alma del justo sino un

paraíso donde él tiene sus deleites la imagen del alma como castillo no es nueva en Santa Teresa y es uno de los puentes literarios que enlazan la mayor riqueza imaginativa oriental con la mejor capacidad organizadora sistematizadora occidental precisamente este año teresiano va a ser objeto de estudio en uno de los puntos del estudio sobre mística la metáfora del castillo como alma en Nuri de Bagdad tampoco lo era ya en castellano ella lo toma del tercer abecedario espiritual de Francisco de Osuna en poesía profana y con un sentido castrense del amor ya en la vidayinga

lo había empleado Jorge Manrique. Con el signo desesperanzado, angustiado que marca el existencialismo contemporáneo, volvemos a encontrarlo en la novela de Kafka, El Castillo, que como se sabe es absolutamente alegórico. Dios para Kafka es el señor del castillo como para Teresa de Jesús, con la diferencia de que K, el protagonista de El Castillo, no llega a conocer al señor, del que se creía llamado porque se queda en los aledaños del castillo, que para Teresa de Jesús son el cuerpo. Oigámoslo. Sabemos que tenemos alma, mas que bien es u quien está dentro, pocas veces lo consideramos. Y así se tiene en tan poco procurar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste u cerca de este castillo. El castillo de la muerte

Ya desde estos comienzos hay que observar el estilo dirigidamente coloquial del lenguaje teresiano y cómo se insertan los miembros de una nueva metáfora dentro del desarrollo y justificación de la ya utilizada. El coloquialismo está patente en la preferencia de la forma U para la disyuntiva y en el empleo ambivalente de todo se nos va, que puede significar todo el esfuerzo o todo el tiempo. Cuando nosotros lo utilizamos hoy con este valor de pronombre indefinido, lo seguimos utilizando tal como se hacía en latín, con el valor de todas las cosas. Así Ovidio en amor omnia vincit, el amor lo vence todo. Antes que de la cerca habla de engaste, engaste u cerca de este castillo. Podríamos pensar que se refiere al castillo que por ser diamante requiere engaste, pero es que en la imaginación de la santa se ha cruzado la estructura, la estructura del alma como castillo.

con el propio alor del alma considerándola como tesoro inestimable, como joya. En el capítulo segundo de las primeras moradas encontramos la justificación cuando dice Que consideréis que será ver este castillo, esta perla oriental. Este cruce dará lugar a otras metáforas, como luego veremos. El último extremo es el fenómeno que aprovechará toda la poesía contemporánea y que para nosotros es el índice de mayor femineidad de Teresa de Jesús. Este valor estimativo del alma radica en la gracia de Dios que está en su mismo centro, pero lo pierde con el pecado porque con él hemos intronizado al demonio, es decir, al mal. Es como si el alma se trasplantara. Dios es la fuente de la vida.

Este árbol de la vida, que está plantado en las mismas aguas de la vida, que es Dios. La concordancia del verbo en singular con el sujeto plural aguas es un claro desplazamiento del complemento nominal de la vida y fenómeno muy frecuente en el lenguaje coloquial. Y también un síntoma de identificación de aguas de la vida con fuente de la vida. Así lo dice después, hablando de la gracia. Esta fuente de la vida, a donde el alma está como un árbol plantado en ella. Y además de fuente de aguas vivas, Dios es un sol resplandeciente. Es decir,

Dios es la fuente misma de la vida para Teresa de Jesús. La vida simbolizada en el árbol, de cuyos frutos se alimentan las potencias vitales, el lenguaje figurado, las gentes que viven

en este castillo alma. Árbol que sin buen agua y sol no daría fruto. Pero las potencias anímicas que son los administradores del castillo interior pueden para mal, incluso de la salud física, injertarse con el pecado junto al agua del mal. El mismo árbol que es el alma se habrá transformado en demonio. Así nos dice por un lado que... El alma que por su culpa se aparta de esta fuente divina y se planta en otra de muy negrísima agua. Y por otro... ¿Cuáles quedan los aposentos del castillo? ¿Qué turbados andan los sentidos que es la gente que vive en ellos? ¿Y las potencias que son los alcaides y mayordomos y maestros alas? ¿Con qué ceguedad? ¿Con qué mal gobierno? En fin, como a donde está plantado el árbol que es el demonio. ¿Qué fue?

¿Qué punto puede dar? Al dejar sin respuesta y con este planteamiento, la pregunta retórica quiere decirnos que es la ruina, no ya de las potencias del alma, los alcaides, sino del cuerpo, los sentidos, los moradores menores del castillo. Es decir, contempla el alma como un cosmos que en San Agustín es la Civitas Dei, en la que se enfrentan Dios-vida y el mal-muerte. Sólo que, ahora lo veremos, incluso en el alma, en pecado, continúa siendo Dios el centro. No es el amor de Dios, sino el poder de Dios. Aquí hay que tener en cuenta que Santa Teresa había sido lectora incansable de las confesiones de San Agustín, primer sistematizador filosófico del pensamiento cristiano. Con la figura del alma como árbol, alude la santidad.

al árbol del bien y del mal en el Génesis el agua y el árbol de la vida vida que alegra a la ciudad de Dios lo toma del salmo 45 seguramente a través de la carta de los gálatas de san Pablo la visión ontológica de Dios dando posibilidad de existencia al mismo mal con la presencia de su poder es netamente agustiana y coloca a Santa Teresa como pura pensadora muy por encima de la visión castrense de San Ignacio de Loyola en el cual contemplamos a Satanás casi tan poderoso como Cristo en singular batalla aunque si creemos por la posterior continua exhortación a meditar en la pasión de Cristo que Teresa siguió los ejercicios espirituales del fundador de la compañía de Jesús por el que manifiesta una gran devoción en distintos pasajes de las moradas en estas primeras moradas en el segundo capítulo nos habla ya de la desesperación teológica producto de la habitación y de la falta de presencia de ánimo las almas pusilánimes cobardes se quedarán siempre sin entrar

entrar en el castillo y gozar de la luz divina de su centro. La puerta de este castillo es la oración. Ya aquí se revela Teresa como una gran psicóloga. He aquí lo siguiente.